El paisaje del mundo rural andalusí

Bases descriptivas para su análisis

Antonio Malpica Cuello

Universidad de Granada
Dpto. Historia Medieval

La conjunción de las fuerzas de la Naturaleza y del hombre, considerado un ser social, da como resultado el medio geográfico, cuya representación exterior es el paisaje (KULA, 1973). Tiene una serie de componentes que se pueden percibir de manera inmediata y directa; es lo que se conoce como *fenosistema*. Sin embargo, otros son difíciles de desvelar en primera instancia; los podemos denominar *criptosistema* (GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, 1981).

El paisaje es, pues, el resultante de una interacción, siempre histórica, y que puede conocerse a partir de una determinada técnica. Así, los elementos naturales y los sociales que lo conforman deben de ser estudiados desde una misma perspectiva, aunque presenten diferencias de escala. Por eso, nos interesa conocer el paisaje y sus modificaciones teniendo en cuenta la dimensión social que nos ofrece la Historia de la humanidad, si bien existe un tiempo más largo, como el geológico, que afecta al sustrato de ese mismo paisaje. En definitiva, lo que a nosotros nos importa, en tanto que especialistas en los procesos históricos, es conocer la acción social del hombre y su implantación en el medio físico. Es un tema histórico el que aquí planteamos, aunque concurren otras categorías científicas e incluso estéticas en el análisis del paisaje. La existencia de un tiempo distinto para cada componente nos podría llevar a pensar que es algo inaprensible, pero nada más lejos de la realidad. Su estudio es integrador y puede definirse principalmente a partir de la actividad humana históricamente considerada.

La cuestión inmediata es determinar con qué tipo de fuentes y de qué clase de datos partimos para llevar a cabo la tarea de examinar el paisaje. Ciertamente las escritas son el punto de arranque obligado. Permiten no sólo conocerlo, sino saber la percepción que tiene cada sociedad del mismo. Por si fuera poco, han sido el fundamento de la práctica totalidad de la elaboración histórica, hasta el extremo de que cuando no han existido, la sociedad en cuestión o ha sido calificada de pre-histórica o incluso de a-histórica. La *calidad* venía dada por la escritura, que es, mejor dicho era, hasta la aparición primero y generalización después de la imprenta,

un arte de minorías. Por eso, a veces, se han olvidado realidades elementales, al considerarlas menos dignas para una ciencia que ciertamente abarcaba a sólo una parte de los hombres y, lo que es más significativo, de sus actividades. El acceso a ellas ha sido posible en los últimos tiempos por el desarrollo de la Arqueología. Ha sido, sin embargo, imprescindible que se operase un cambio epistemológico. Se pasaba de una Arqueología atenta a las grandes obras de la humanidad, fruto del trabajo de los más, pero para honor y disfrute de los menos, a otra deseosa de conocer la vida material y los procesos de trabajo, que se consideraban a partir de esa opción, la parte esencial de la Historia de la humanidad (CARANDINI, 1984). En tal sentido, se convirtió en absolutamente necesario definir las realidades más elementales y materiales en un conjunto de conocimientos que privilegiaban la llamada «cultura material». Si bien este término es impreciso, lo que es realmente muy peligroso en el campo científico, tuvo en sus inicios el valor de poner de manifiesto la necesidad de conocer los procesos productivos en su dimensión más material. Pero la confusión y la indefinición estaban aseguradas. Bien pronto se pudo comprobar que lo que se ha dado en llamar «historia de la cultura material» era un poco de todo. No se trataba, pues, de conocer sólo los objetos, como las viviendas o los ajueres cerámicos de una o de varias de ellas, era también obligado privilegiar el estudio, a partir de esta ruptura epistemológica, de las formas de trabajo y sus procesos. En tal sentido, en las sociedades preindustriales, con una base predominantemente agraria, los objetos tienen que estar insertos en una estructura más compleja. La realidad de ésta se manifiesta no sólo a través de los escritos, con ser importantes para medir la acción del poder político sobre la sociedad de la que surge y a la que conforma a la vez, sino también de las cosas expresadas en la realidad en que se produjeron. Evidentemente ésta se ha transformado, de manera que a veces es imposible reconocer las huellas que resultan de las actividades humanas. La acción del hombre desde el nacimiento del industrialismo y el maquinismo le ha ido separando cada vez más de la Naturaleza. Incluso ésta se ha ido conformando con criterios museísticos,

I. Este trabajo es un resumen apretado de una investigación que ha generado ya varias publicaciones. Se ha enriquecido, no obstante, con las aportaciones que surgen de un proyecto de investigación en curso, financiado por la D. G. I. C. Y T., del Ministerio de Educación y Cultura (PB 95.1151).

Conservarlos no quiere decir fosilizarlos, sino darles vida, pero sin romperlos ni destruirlos. A los especialistas en bienes culturales corresponde ponerlos en valor, pero antes, sin duda alguna, hay que conocerlos y estudiarlos.

como si de una reliquia se tratase. Las evidencias son cada vez más débiles y el paisaje, siempre teatro en donde se llevan a cabo las relaciones de los hombres y la Naturaleza, se manifiesta más ordenado según los criterios actuales. Aparece como un producto estándar a consumir. Su homogeneización es más y más evidente.

La expresión de todas estas contradicciones en el medio físico es una categoría que adquiere la dimensión de científica. El reflejo de la misma está en el paisaje. La aproximación a la realidad viene lógicamente determinada por la estrategia científica que se ha de emplear, en modo alguno por la suma de técnicas. No debe de olvidarse tampoco que aquél no es sólo científico en estado puro, sino social, como hemos señalado. Es así como se enriquece también la noción de «patrimonio», que en muchos aspectos sigue indefinida y únicamente es soporte de los más variados intereses, algunos inconfesables. Nos referimos sobre todo a aquellos que buscan conservar antes de conocer, formalizar como fin último y no como un medio. Pero de estas cuestiones cabría discutir más a fondo en otro lugar. Queden, pues, aplazadas, que no olvidadas.

Ahora nos interesa hablar de la formación del paisaje andalusí y su pervivencia en el actual. Queremos describir unos elementos, pero que al mismo tiempo estén inscritos en una estructura. Es preciso, no obstante, señalar algunas cuestiones precedentes, que necesariamente se deben de poner de relieve.

La sociedad andalusí, como ha demostrado claramente Pierre Guichard (GUICHARD, 1976), es distinta de la feudal occidental. Las bases sociales se fundamentan en la existencia de grupos clánicos-tribales, con un agnatismo riguroso y una endogamia muy acusada. Se apoyan asimismo en una organización económica primordialmente agrícola, si bien la existencia de un pequeño comercio es importante y el mundo urbano tiene una presencia real. El campesinado, con la defensa de estas estructuras de base, no depende de señores de rentas. Su producción arranca de una agricultura de regadío, que establece un trabajo continuado en los campos. En realidad,

este esquema de funcionamiento, ampliamente estudiado sobre todo por Miquel Barceló (BARCELÓ, 1988, 1989, 1995 y 1997), puede presentar una imagen inmóvil. Fue necesaria, sin embargo, su creación para poder discernir los fundamentos de la sociedad andalusí, pero es preciso tener en cuenta que hubo una evolución que aún no nos es conocida ni siquiera en sus líneas principales. Por eso, la sociedad de época califal no es la misma que se percibe en el período final del Islam peninsular, el llamado Reino de Granada. Nos vamos a centrar precisamente en el caso granadino, porque es el que primordialmente investigamos, lo que no quiere decir que no tengamos en cuenta realidades anteriores. Nos referimos no sólo a las que podríamos considerar estructurales y que conforman la sociedad andalusí, sino a aquellas otras que se integran en el paisaje e incluso contribuyen a marcar un carácter diferenciador para el mundo nazarí.

En el reino de Granada, realidad política que abarca temporalmente del siglo XIII al siglo XV y geográficamente las actuales provincias de Granada, Málaga, Almería y territorios de las de Cádiz y Jaén, el poblamiento está muy influenciado por la vida urbana. No quiere decir que el mundo rural careciese de importancia, antes bien, la agricultura era una actividad imprescindible en la que se apoyaba la economía del conjunto territorial. Ciertamente las ciudades, al menos con respecto a etapas anteriores, habían ido ganando importancia, no siendo sólo unos pocos núcleos de ordenación del espacio, sino generando relaciones muy complejas con los establecimientos rurales.

Este avance de influencia de la ciudad sobre ellos fue causa y consecuencia a la vez de su descomposición interna, que, desde luego, no era final, sino que hubiera podido continuar de no ser por la conquista castellana. Se percibe en la no identidad entre los grupos familiares y los asentamientos, de manera que los propietarios de tierras no son siempre vecinos; es más, los grupos familiares están claramente en un proceso de descomposición. Sin embargo, la célula básica de la estructura del poblamiento seguía siendo la alquería (*qarya*; plural, *qurà*).

En ella hay elementos que permiten reconocer una etapa andalusí anterior. Es una prueba de la perdurabilidad que implica este tipo de asentamientos, según veremos. Es más, su peculiar carácter marca el paisaje actual. Se aprecia no sólo en el trazado y en la organización del caserío, sino en el papel que ocupa éste en el conjunto territorial, que, a su vez, está muy señalado por la distribución del área de cultivo irrigada. Aun cuando no todos los elementos se configuraban de la misma manera y siendo conscientes que muchos de ellos se hallan fosilizados en el paisaje actual, mientras que otros continúan vivos, es necesario un análisis que en una primera fase tiene que ser necesariamente descriptivo.

Ignoramos bastante lo referente al espacio físico del núcleo poblado y a su distribución interna. Realmente se desconoce cómo eran las viviendas rurales en al-Andalus, siendo incluso conscientes de que tuvo que haber una clara evolución. Sólo se han llevado a cabo excavaciones parciales de alquerías. Disponemos, pues, de datos con frecuencia muy dispersos y parciales.

Las casas parecen responder a un esquema generalizado en sus plantas, con diferencias en cuanto al empleo de materiales y técnicas constructivas. Así, mientras que en algunas zonas se conoce el uso del tapial sobre un zócalo de mampostería, en otras se utilizaba la piedra formando muros sin aglomerante o con él. Por lo que respecta a las cubiertas, se suele emplear la teja, quizás a una vertiente, cerrando las casas, aunque dejando el patio al descubierto. En otras áreas se dan los techos de tierra apisonada o de lajas de piedra, normalmente esquistos, que suelen además cumplir la función de aleros. Los muros se levantan directamente sobre la roca, si bien en contadas ocasiones se descubre una pequeña trinchera en donde se anclan. Para evitar irregularidades, en el caso de que nos encontremos ante una obra de tapial, se utiliza un zócalo de mampostería.

Muy poco es lo que cabe decir sobre la organización de las viviendas. Sin duda el patio es el espacio principal. Puede venir precedido de un lugar más pequeño que se debe definir como zaguán. En algunos casos, en el propio patio hay un ámbito destinado a los aperos de labranza, que podríamos llamar troje. En aquél es donde se desarrollan la mayor parte de las actividades. Se llevaban a cabo normalmente las tareas propias de cocina, para dar salida a los humos y moverse con facilidad a la hora de cocinar y de comer. Asimismo era lugar de almacenamiento. Y, por supuesto, servía de eje de comunicación con las demás áreas de la casa.

En efecto, las habitaciones se ordenaban en torno a ese espacio. Lo hacen en forma de L o de U. Servían exclusivamente para el descanso. Por eso, se accedía a ellas siempre por el patio y se comunicaban a través de él. Con eso se preservaba la intimidad y se controlaba al mismo tiempo el acceso a las mismas.

No es infrecuente encontrar una planta superior que se podría utilizar primordialmente como algorfa,

raramente como habitación. De todas formas, hacía que la temperatura interior de cada alcoba fuese más benigna.

Las casas estaban organizadas en manzanas. Se suele acceder a ellas a través de una calle o, preferentemente, de un callejón ciego. A veces hay edificios que no parecen destinados a la ocupación humana, o que se relacionan con otros que sí lo están. Decir esto es tanto como plantear el tema de la existencia o no de cuadras en las viviendas o en sus proximidades. Se sabe que el zaguán, cuando lo hay, cumple también la función de albergar ganado, pero siempre es pequeño, normalmente aves de corral. Ahora bien, hasta el presente las excavaciones arqueológicas no han mostrado la presencia de cuadras. Seguro que existieron, porque el ganado tenía que estabularse y, además, la falta de letrinas en las casas nos obliga a pensar que se usaran también aquéllas para los fines propios de éstas. En algunas fuentes escritas aparecen expresamente citadas (MALPICA, 1984: 86-87).

Una serie importante de edificios de uso público había en las alquerías. Se trata de los lugares de culto o mezquitas. Incluso se cuentan varias en cada núcleo. Ocupan un espacio común e inviolable. También encontramos áreas destinadas a las celebraciones al aire libre, como las musallas, en donde tenían lugar las fiestas más importantes de la religión islámica, especialmente la del cordero, en recuerdo del sacrificio del profeta Abraham. Hay asimismo zocos, hornos y baños, y también encontramos mecanismos defensivos, singularmente torres, aunque no aparezcan en todos los casos.

Llegados a este punto es cuando cabría hablar del papel de la familia y de su organización espacial atendiendo a la disposición de las casas. En principio éstas eran ocupadas por familias nucleares, en las que podían, además, incluirse otros miembros, solteras o solteros, y viejos. Pero en algunos yacimientos, como el del El Castillejo (GARCÍA PORRAS, 1998), que es de época tardoalmohade y tiene por tanto unas características muy especiales, encontramos ciertos edificios que parecen estar en relación con casas perfectamente definidas, mientras que ellos no cuentan con patio. Parecen más bien habitaciones anejas a la vivienda principal; es como si estuviesen ocupadas por miembros colaterales o por una segunda esposa. De todos modos, la casa rural nazarí está más próxima a la vivienda de una familia mononuclear que a la extensa, aunque haya casos en los que se percibe el mantenimiento de lazos familiares amplios.

La situación de los núcleos rurales es muy específica en la organización global del espacio. Estaban por lo común por encima de la línea de rigidez que marca la acequia que servía para regar los campos de cultivo. Asimismo, se hallaban por debajo del secano y/o del monte.

La conclusión inmediata es que las tierras de cultivo irrigadas se ordenan en escalones. Las terrazas son,

sin embargo, diferentes en atención a su disposición topográfica. Las hay en el fondo de valles y en laderas. Aquéllas suelen ser más anchas que éstas, porque es necesario encauzar y controlar el río que por allí pasa. Incluso encontramos otras que aprovechan los meandros que se forman, si bien son susceptibles de arruinarse por una crecida incontrolada. En cuanto a las segundas un papel primordial en su ordenación es la pendiente existente, aunque también el flujo de agua disponible.

Las terrazas se abastecían por medio de agua de ríos o de fuentes. En el caso segundo, podría pensarse que se debe a la imposibilidad de coger agua de un curso permanente. Nada indica que sea efectivamente así. Seguramente cuestiones de sustrato geológico y de topografía habría que considerarlas al mismo tiempo que las posibilidades de ubicación del núcleo. En cualquier caso, la explicación está por dar. Se podría apuntar que una fuente en principio permite un mejor y más fácil control del agua, así como un aprovechamiento más particularizado.

Nótese que la disposición del asentamiento y su relación con el espacio en el que está se halla en conexión con la necesidad de usar el agua, no exclusivamente para la alquería, sino también y principalmente para su área de cultivo. Ésta es primordialmente la irrigada. En principio de cuantas opciones económicas se pueden plantear, la agricultura de regadío es la menos lógica en un medio de montaña y en cualquier otro semiárido. Y, sin embargo, era lo habitual en el territorio granadino, como en otras partes de al-Andalus. Al adoptarla, se crea un sistema, que no es sólo tecnológico, que produce un cambio fundamental en el medio físico. Se genera un agroecosistema diferente al que surgió en el mundo mediterráneo, que tiene una rela-

ción directa con el ecosistema propio. La diferencia es clara, este agroecosistema se halla influenciado por la climatología mediterránea, con inviernos secos y fríos, y veranos también sin lluvias y muy calurosos. Las temperaturas son extremas, con amplitudes térmicas a veces muy marcadas en el mismo día. La estacionalidad es importante en cuanto a la pluviometría. Las plantas están sometidas a un déficit hídrico muy fuerte. El bosque, llamado habitualmente monte mediterráneo porque es un espacio muy humanizado, presenta unas características vegetales dentro de estas mismas condiciones señaladas. Algo similar ocurre con las plantas que se cultivan. Es por eso por lo que los trabajos en los campos tienen una gran estacionalidad. Se dan períodos de escaso e incluso nulo laboreo. Por el contrario, en un agroecosistema de regadío ese ritmo tan marcado no existe. El agua llega hasta las parcelas creando unas condiciones distintas a las propias del mundo mediterráneo. Se hace coincidir el calor y la humedad, aquél de forma natural, ésta por medio del riego. Es lo característico de climas subtropicales y monzónicos, si bien en el caso que nos ocupa con un aporte de cantidades de agua mucho menor y mejor controlado. Plantear de esta manera las cosas es decir que lo relevante no es la existencia de agua para fertilizar las tierras, sino las plantas que se crían en ellas. Así, hay que decir que la generación de una agricultura de regadío no es sólo la implantación de unas técnicas, sino también de unas especies vegetales que son nuevas en un buen número (WATSON, 1998).

Todo esto significa que la vida agrícola surgida es una elección hecha por hombres venidos de fuera, los grupos árabes y los bereberes inmigrantes en al-Andalus (BARCELÓ, 1997). Esa opción no es sólo de tipo técnico, sino también social. La existencia de

grupos campesinos regidos por lazos familiares, que permiten el mantenimiento del sistema, está en los orígenes de estos establecimientos agrícolas. La segmentación hace posible que los asentamientos pervivan cuando haya un crecimiento demográfico importante. Aquéllos se organizan a partir de un cálculo inicial de población y sus posibilidades con respecto a la producción del área de cultivo, que tiene que ver directamente con las posibilidades del acuífero.

La defensa del sistema se ve, no obstante, alterada por elementos claros de distorsión. Uno de los más evidentes es la abundancia de productos agrícolas y su gran variedad. La necesidad de aprovecharse de ellos genera una amplia corriente comercial. Aunque en principio se cultiva para el mantenimiento del grupo, la creciente demanda, sobre todo exterior, hace que la agricultura se vaya transformando, aunque no pierde su carácter esencial de policultivo. Es decir, pese a todo, no se aprecian signos de que se formasen monocultivos, porque la organización social de este campesinado sin señores de renta lo hacía sencillamente imposible.

Es evidente que la técnica y las condiciones sociales que generaron este sistema suponían que el mismo tuviera una gran perdurabilidad. Es así como ha quedado una fuerte impronta en el paisaje, que hace que el área de cultivo irrigada sea el punto esencial del mismo.

El canal que lleva a los campos el agua se rige por la ley de la gravedad, por lo que la pendiente es fundamental. La disposición topográfica, que relaciona asimismo curso con terrazas, lejos de ser un inconveniente, es una condición imprescindible para el buen funcionamiento del sistema. Los campos deben de regarse teniendo en cuenta dos elementos

esenciales: el débito de agua y la topografía. En todo caso, hay un principio físico evidente: la rigidez. Dicho de otra manera, la acequia sólo puede regar por debajo de su cota y eso determina que el espacio que se pone en cultivo, una vez que se ha derivado el agua, tenga que ser calculado minuciosamente para el grupo humano que se ha establecido. Todo indica que el área de cultivo irrigada se estructura de una sola vez atendiendo a ese principio de relación entre los campesinos que lo han generado, la disponibilidad de agua y la situación topográfica. Al mismo tiempo hay que señalar otra característica complementaria de las anteriores. El agua debe de avanzar sin que se estanque, pero tampoco debe de destruir el canal por donde va. Al estar normalmente discurriendo por líneas de máxima pendiente, aunque de forma transversal, es necesario emplear medidas de protección tanto por la parte superior, de donde pueden venir desprendimientos, como por la inferior, que está sujeta a deslizamientos. El sistema más usual es la existencia de una vegetación protectora, propia de ribera, que también sombrea el curso de agua y el camino que suele haber junto a él, evitando en la medida de lo posible la evapotranspiración.

Hay otra cuestión de importancia. El agua fluye de manera constante, de manera que o se aprovecha a su paso, o tiene que ser guardada para utilizarla más tarde. Para este último caso se aprovechan albercas construidas o sencillamente excavadas en el sustrato geológico. Gracias a ellas se puede regular el tránsito del agua y conducirla hasta los campos en los momentos que fuera necesario.

Pero la agricultura de regadío no es sólo una disposición topográfica del área de cultivo. Hay que hablar igualmente de los vegetales y de la asociación de los mismos. Una parte de las nuevas plantas que vienen

con los árabes (WATSON, 1998) son propias de climas monzónicos. Por eso mismo suelen tener unos límites ecológicos muy rígidos. Son especies anuales herbáceas y de huertas (berenjenas, espinacas), pero también de árboles, como, por ejemplo, una buena parte de los cítricos, sin los cuales hoy no es posible comprender el paisaje vegetal mediterráneo. Además el agua consiguió una mayor productividad en los campos. Plantas que antes no se regaban tan regularmente empezaron a serlo, lo que significó que sus rendimientos fueran mayores. En la misma línea, la adaptación de especies, la hibridación y la práctica habitual de los injertos hizo que aumentase la diversidad vegetal.

Queda dicho que estos cultígenos no se pueden entender aisladamente, sino teniendo en cuenta las asociaciones que se daban. En el regadío se mezclan los árboles con las plantas anuales. Aquéllos quedan reflejados con frecuencia en las fuentes escritas que surgen en el proceso de ocupación del territorio tras la conquista cristiana. Sin embargo, éstas no se suelen citar nada más que de manera muy general. Es así como se tiene una imagen muy viva del paisaje vegetal. El espacio más promiscuo y enarbolado es el que está junto a las viviendas. Son los llamados huertos, que se benefician del estiércol que se genera y de un laboreo continuado. Un poco más lejos de las casas, pero en su entorno, está el área propiamente irrigada. En realidad, se riega siempre que se puede, aunque sean tierras fuera del área principal de cultivo. En buena medida son complementos de ella.

En suma, el paisaje queda muy impregnado por el sistema hidráulico y por los cultivos de regadío. Un documento castellano posterior a la conquista del reino de Granada, que se refiere a la zona de Guadix, lo expresa con suma claridad: «...en esta misma tierra ay de vna parte a otra y de otra a otra tanta diferencia que no parece syno estar mill leguas lo vno de lo otro, porque de vna manera y en vn tiempo e quiere labrar, sembrar y regar Menaluva y de otra Gayena y de otra Paulenca y de otra Albulian y de otra el rio de Alhama, y asy todo lo al, y todo esto esta en dos leguas de termino, y asy todos heredamientos y tierras no por vn orden se labran, sienbran riegan ni tratan ni en vn tiempo, mas por muchos y diversos» (Archivo General de Simancas, Cámara-Pueblos, leg. 8, fol. 284).

Un espacio promiscuo, sin control directo por nadie, salvo por los que integran el núcleo habitado y los propietarios, ha dejado una huella indeleble en aquellos lugares en los que su transformación hubiera significado sencillamente su destrucción. Realmente se conservaron estos sistemas también porque se desarrollaron, al menos en ciertas partes, algunos cultivos dominado sobre otros. Asimismo se produjo una transferencia tecnológica. Todo ello tuvo lugar por el impulso del capitalismo mercantil de finales de la Edad Media.

Más allá de los asentamientos rurales y del área irrigada, normalmente por encima de ambos, hay tie-

rras cultivadas de secano. Puede considerarse a veces como un espacio a medio camino entre lo agrícola y lo natural. En cierto sentido se puede decir que es reversible, o sea que puede desaparecer cuando no es necesario cultivar las tierras. Sin embargo, no se debe de negar su presencia. En algunas partes es incluso extenso, pero su peso es diferente en la vida agrícola. Es lo que ocurre con las tierras de sembradura, en donde aparecen árboles típicos del monte mediterráneo. Cosa distinta es lo que vemos con las viñas, que tienen una implantación más perdurable. De todas formas, a veces se lee en las fuentes castellanas lo siguiente y que se refiere a la zona de Órgiva: «*Tierras de secano nos las ai y algunas son muy pocas e de mui poco valor, que nunca se ha hecho caso dellas...*» (Archivo Real Cancillería de Granada, Libro de Apeo del Estado de Órgiva, t. II, Cáñar y El Fex, fol. 3 r. Cit. TRILLO, 1992 : 134).

En otra ocasión, al hacer el cómputo de las tierras de habices de la Alpujarra, en concreto de la alquería de Albeyar, de la taha de Jubiles, se dice: «*vn secano que nunca se senbro de quatro libras de sembradura en Andar Alquedim, linde la açequia*» (Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, I^a época, leg. 131. Cit. TRILLO, 1994 : 259).

El hecho de que la parcela sea de secano se debe claramente a que por encima de la acequia no se regaba. Pero hay que destacar que se trata de tierra que no estaba sembrada, aunque quizás lo estuviera en un pasado más o menos remoto. El topónimo que designa el pago, que significa «Era Vieja», lo podría indicar. Que había tierras de características similares en otras partes, lo pone de relieve este otro texto referente a la alquería de Golco en la misma taha de Jubiles: «*vn secano que nunca senbro nadie de arado de vn dia en el pago del Hayre*» (Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, I^a época, leg. 131. Cit. TRILLO, 1994: 259).

En una zona montañosa como la alpujarreña, se ve claramente que se fuerzan las condiciones para conseguir cultivar, aunque sin duda cereales de menor calidad. En la alquería de Bubión, en la taha de Poqueira, podemos encontrar: «*otro secano en la syerra, junto con la nieve...*» (Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, I^a época, leg. 131. Cit. TRILLO, 1994 : 260).

Y por encima de estas tierras, se halla el medio natural representado por el monte mediterráneo, calificado así más que de bosque porque es un espacio muy penetrado por el hombre. Su existencia, que condiciona los paisajes agrarios y la vida campesina, está demostrada, pues, por un buen número de testimonios. Ahora bien las fuentes escritas nos dan una imagen muy discontinua en el espacio y en el tiempo. En el mejor de los casos, nos hablan de los márgenes de la vida agraria. Es, pues, difícil tener una idea cabal sobre este tema, habida cuenta, sobre todo, de que las aproximaciones que hasta ahora se han hecho han sido muy elementales, lo que no elimina su valor.

Ya se ha dicho que las noticias son escasas y marginales, aunque muy instructivas. Lo ideal sería conseguir una cierta secuencia evolutiva. Es el caso, por ejemplo, de algunas tierras granadinas, como Loja y Baza. Cuando se conquista aquella y se procede a delimitar los términos con los concejos vecinos recién creados, encontramos referencias a este tipo de vegetación. Pero aparece más claramente el bosque en el posterior reparto de tierras por rozar tanto en una como en otra. Es una investigación que habrá que llevar a cabo en territorios concretos en los que la documentación lo permita.

El bosque o, mejor dicho, el monte mediterráneo, en diferentes grados de evolución, es propiedad colectiva. Pero esta afirmación no resuelve un conflicto permanente entre la comunidad que ocupa una alquería (aljama; en árabe, *ḡamā'a*) y el Estado, llamado en el N de África *Majzen*. Aparte de este enfrentamiento más o menos sordo o explícito, los diferentes localismos y una práctica consuetudinaria hacen que la extensión y gestión de las tierras comunales no sean fáciles de conocer. Parece que las aljamas eran dueñas del espacio común que el derecho malikí determinó como *ḡarī*, mientras que el resto de tierras no aprovechadas pertenecían a la comunidad, sobre la que ejercía una tutela el Estado. Los conflictos eran frecuentes, dependiendo mucho del poder de uno u otras. La acción castellana, tras la conquista y organización del territorio, implicó una transformación muy importante, porque la inexistencia de un derecho escrito sobre el tema, permitió a la Corona, a los señores y a los concejos apropiarse de estas tierras y usarlas en beneficio propio.

Sus funciones quedaron quebradas a partir de la instalación y actuación de los castellanos. En el reino de Granada, como en el conjunto de al-Andalus, el monte servía de reserva de tierras para poder cultivar en caso de necesidad. Permitía, siempre que estuviera aclarado, pastar a los ganados, y controlar a las alimañas. También hacía posible la segmentación de las poblaciones y su establecimiento en otro lugar poniendo en cultivo nuevas tierras.

Estas breves pinceladas han pretendido mostrar la ordenación del espacio agrario en el mundo andalusí, con especial referencia al reino de Granada. Pero el paisaje agrícola y vegetal por supuesto no se limitaba a los espacios estrictamente rurales y, desde luego, no se agotaban ni siquiera éstos con el examen de las alquerías.

Es posible documentar otros tipos diferentes de asentamientos, tanto dependientes de ellas, como de ciudades. En cuanto a los primeros están los michares, término procedente del árabe *maḡṣḡar*. Los datos de que disponemos sobre ellos son muy escasos. Hay menciones en fuentes castellanas y se aprecia en algunos casos una perduración del microtopónimo. Podemos decir que eran establecimientos menores, seguramente dedicados a la agricultura de regadío, aunque también los hubiese de secano. En algunos casos eran exclusivamente ganaderos. No tienen por qué estar ocupados de forma permanente.

Cuando hay una ciudad importante, que irradia su influencia, se ve una organización territorial en su beneficio. La *madīna* ciertamente un centro en el que los comerciantes y artesanos desarrollan sus negocios, pero también es residencia de propietarios agrícolas, que no son necesariamente distintos de los anteriores. Es más, en las ciudades, y no sólo en las pequeñas, sino en las más grandes, hay una población que trabaja la tierra y acude a hacer sus labores agrícolas. Al mismo tiempo el núcleo urbano es el centro ordenador de un término (*alḡawz*) más o menos amplio, en el que la vida agrícola está muy presente. En realidad, en la propia ciudad huertos y jardines se entremezclan con el abigarrado caserío; y, lógicamente, se prolongan más allá de lo que es zona amurallada, creando un intercambio fluido con el mundo más propiamente agrícola. Por eso, el área periurbana es esencial para poder entender la propia ciudad, y, precisamente, es el espacio que más ha sufrido y sigue sufriendo modernamente los embates de la destrucción. Sin conocerlo corremos el grave riesgo de entender los núcleos sin su área territorial propia, que forma el alfoz, y en relación con los espacios más próximos que se integran en su distrito.

Esta apretada visión, un tanto esquemática por la necesidad de resumir resultados, bastante descriptiva para conseguir que se creen unos mecanismos de conocimientos mínimos, no es sino el deseo de la preservación de unos paisajes que guardan tantas huellas del pasado. Conservarlos no quiere decir fossilizarlos, sino darles vida, pero sin romperlos ni destruirlos. A los especialistas en bienes culturales corresponde ponerlos en valor, pero antes, sin duda alguna, hay que conocerlos y estudiarlos.

Bibliografía

- BARCELÓ, MIQUEL (1988): «Vísperas de feudales. La sociedad de *Sharq* al-Andalus justo antes de la conquista catalana», en MAÍLLO SALGADO, FELIPE (ed.): *España. Al-Andalus. Sefarad: Síntesis y nuevas perspectivas*. Salamanca, pp. 99- 112.
- BARCELÓ, MIQUEL (1989): «El diseño de los espacios irrigados en al-Andalus: un enunciado de principios generales». *I Coloquio de Historia y medio físico. El agua en zonas áridas: Arqueología e Historia*. Almería, vol. I, pp. XIII-XLIX.
- BARCELÓ, MIQUEL (1995): «De la congruencia y la homogeneidad de los espacios hidráulicos en al-Andalus». *El agua en la agricultura de al-Andalus*. Barcelona-Madrid, pp. 25-39.
- BARCELÓ, MIQUEL (1997): «Assaig d'identificació del rastre dels assentaments de la immigració berber més primerenca», en BARCELÓ, Miquel (coord.): *El curs de les aigües. Treballs sobre els pagesos de Yābisa (290-633 H/902-1235 dC)*. Ibiza, pp. 9-28.
- CARANDINI, ANDREA (1984): *Arqueología y cultura material*. Barcelona.
- GARCÍA PORRAS, ALBERTO (1998): *El yacimiento medieval de El Castillejo. Nuevos datos a partir del estudio de sus materiales cerámicos*. Granada. Tesis doctoral inédita.
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, FERNANDO (1981): *Ecología y paisaje*. Madrid.
- GUICHARD, PIERRE (1976): *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*. Barcelona (reedición. Granada, 1995).
- KULA, WITOLD (1973): *Problemas y métodos de Historia Económica*. Barcelona.
- MALPICA CUELLO, ANTONIO (1984): *Turillas, alquería del alfoz sexitano. Edición del Apeo de Turillas de 1505*. Granada.
- TRILLO SAN JOSÉ, CARMEN (1992): *La Alpujarra. Historia, arqueología y paisaje. Análisis de un territorio en época medieval*. Granada.
- TRILLO SAN JOSÉ, CARMEN (1994): *La Alpujarra antes y después de la conquista castellana*. Granada.
- WATSON, ANDREW M. (1998): *Innovaciones en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico. Difusión de los distintos cultivos y técnicas agrícolas. del año 700 al 1100*. Granada (traducción de la edición inglesa de Oxford, 1983).